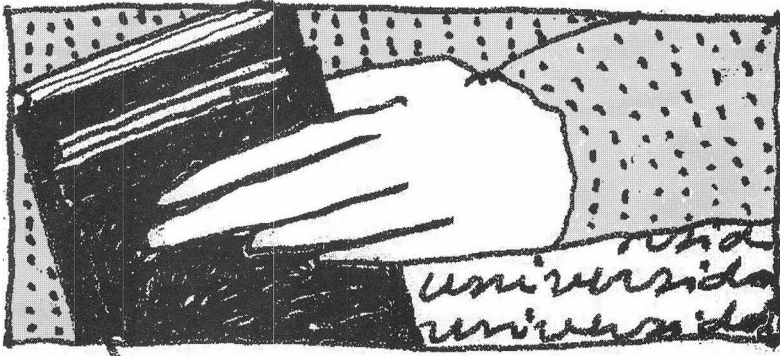
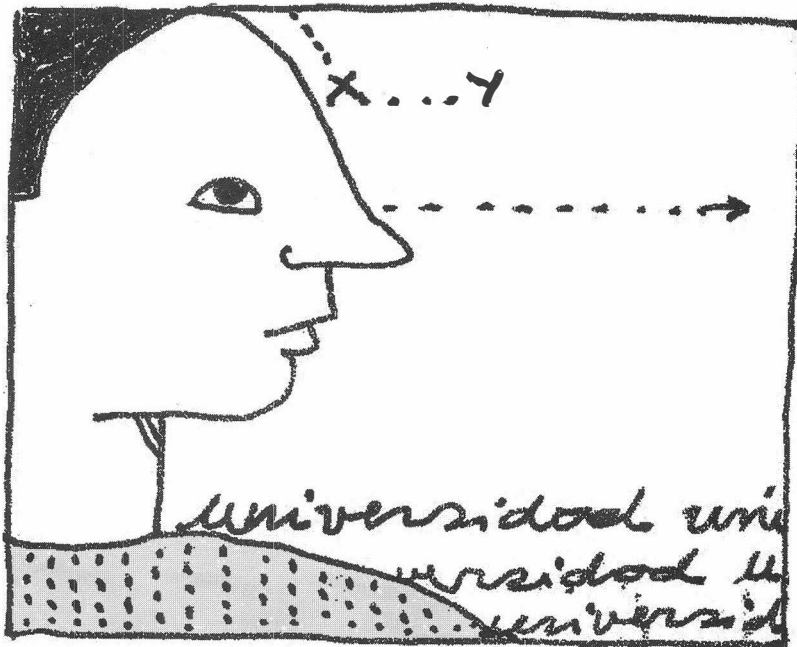


La Universidad, una posibilidad de sentido en medio del sinsentido



* El filósofo Conrado Giraldo Zuluaga es magíster en Desarrollo y doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. En la UPB, su ejercicio como profesor titular de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades le ha permitido distinguirse en los temas de Lógica, Teoría del conocimiento, Cosmología, Técnicas de Investigación, Moralidad y eticidad, y Ética discursiva. También es asesor metodológico de investigación en diferentes universidades como la Universidad de Antioquia y la Universidad San Pablo CEU.

Conrado Giraldo Zuluaga*



La Universidad, una posibilidad de sentido en medio del sinsentido

Conrado Giraldo Zuluaga

Resumen

Nuestro cerebro habitúa ambientarnos en un contexto general que nos hace sentir seguros. Sin embargo, algunos solemos preguntar por esta supuesta seguridad del sentido que se nos transmite. Aunque incómoda, esta función se torna en un ejercicio renovador. En ocasiones, el hábito de encontrar todo con suficiente claridad impide que sigamos ambicionando aún mayor justeza en los asuntos que queremos profundizar. Por eso, a pesar de que pareciera que no se hace nada o que lo que se hace no tiene sentido, es necesario seguir dando aliento -en el medio académico de nuestra Universidad- al ejercicio de preguntar como posibilidad de hallar sentido en medio del sinsentido.

Palabras clave

Universidad – Pregunta – Proyecto – Investigación
– Ciencia – Sentido.

Introducción

La rutina de nuestras tareas diarias hace que olvidemos las preguntas esenciales que cuestionan de raíz lo que somos. En el ir y venir de nuestras actividades, del cumplimiento de nuestras labores o en el disfrute del tiempo libre, vamos enredando el ansia de respuestas que alguna vez, románticamente, colocamos como guía de las labores académicas. Por esto, se hace necesario pensar un momento en torno a la seriedad de la labor que desempeñamos como personas pertenecientes a una comunidad académica universitaria y respecto a la urgencia de recordar nuestra función de investigadores, de seres preocupados por responder a las preguntas que la humanidad nos ha encomendado, en tanto somos fruto de un largo proceso de maduración de las mentes que tienen por función hallar el sentido a las preguntas que parecieran no tenerlo. Para esto debemos recordar, en un primer momento, cómo es que ha sucedido que nos

1 Xavier Zubiri elabora una muy profunda explicación sobre el sentido de la estructura en su obra «*Sobre la Esencia*» de 1962. Laín Entralgo asumirá esta propuesta suya y la referirá al hombre mismo. Además, de Vesalio valorará Laín el hecho de que comience la descripción del hombre desde su posición erecta constituida por una disposición estructural orgánica especial que parte de los huesos, pasa por los ligamentos, y llega a los músculos (LAÍN ENTRALGO, P., (1995): *Idea del hombre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de lectores, p.10).

2 Desde las ideas de Zubiri y de Laín Entralgo el dinamismo significa que la cosa dé de sí: «En todos sus modos y niveles, la esencia del dinamismo cósmico consiste en dar lugar –en dar lugar dando de sí, puesto que en el dar de sí tiene su esencia el dinamismo– a la existencia de algo que antes no existía» (LAÍN ENTRALGO, P., (1991): *Cuerpo y alma*, Madrid, Espasa Calpe, p. 108).

3 Aunque ya desde la antigüedad esta fragilidad y excelencia se cuestionaban. En uno de los coros de la *Antígona* de Sófocles se canta a la dignidad y grandeza del hombre. Sin embargo, la palabra *Deinoterón* utilizada allí también puede significar «terrible».

4 En palabras de Pedro Laín Entralgo, la telencefalización es el sucesivo desarrollo de la porción anterior del cerebro y es efecto y causa del progreso del hombre en su historia.

5 Tanto para Zubiri como para Laín el hombre actúa de manera distinta a como lo hace el animal. El grado de desarrollo del cerebro establece la diferencia. Dice Laín, concretamente: «Dentro de la total estructura del cuerpo humano, el cerebro es la subestructura que más directamente produce y rige la actividad psíquica y la conducta» (LAÍN ENTRALGO, P., (1994): *El problema alma/cuerpo en el pensamiento actual*. En: *Arbor*, Ciencia, pensamiento y cultura, Madrid, Vol. 147, N.º. 580 abr., p. 25.

6 Hemos conocido esta propuesta teórica con el nombre de evolución. Recordemos que el sentido originario de la palabra latina *evolutio* se refería al hecho de desarrollar un papiro para leerlo. Luego se entendió como desarrollo del feto en el vientre materno (despliegue de lo que previamente existía). Desde Erasmus Darwin se comprendió, contrario a las acepciones anteriores, como la génesis de formas nuevas. Esta es la manera como se entiende hoy tanto en el sentido biológico de Lamarck y Charles Darwin, como en el cosmológico, mucho más amplio.

7 Según Zubiri, el animal no percibe realidades sino solo estímulos. Así, sólo el hombre sería animal de realidades.

8 Dice Laín Entralgo: «lo más propio y esencial del comportamiento del hombre, incluso reduciendo su examen a la mera observación conductista, es la condición proyectiva de la vida humana». (LAÍN ENTRALGO, P. *Cuerpo y alma*, op. cit., p. 171).

9 Zubiri habla de una conciencia psicológica, entendida no como ámbito secreto sino como modo de ser de ciertos hábitos psicoorgánicos a través de los cuales nos damos cuenta de lo que son las cosas. Por otro lado, Laín Entralgo habla de tres clases de conciencias: la conciencia bioquímica de la individualidad, la conciencia neural de la individualidad y la conciencia neural de la personalidad.

10 Prinz von Auersperg resucitó este término de la filosofía antigua para señalar la virtualidad anticipativa que tienen las respuestas del animal.

hayamos convertido en una especie que aprendió a preguntar. Luego, indicar que la Universidad es el lugar por excelencia del preguntar y, por último, señalar que nos corresponde continuar hoy con ese compromiso de responder al preguntar para brindar sentido, a pesar del sinsentido que inunda hoy muchas de nuestras realidades.

1. La capacidad humana de preguntar: un rasgo distintivo de una rara especie

Desde los aportes de la neurofisiología, la etología comparada y la paleontología, más las elaboraciones filosóficas de pensadores tales como Xavier Zubiri, Julián Marías y Pedro Laín Entralgo, nos hemos venido dando cuenta, paulatinamente, de la estrecha relación que existe entre la pregunta y el proceso de hominización. Filogenéticamente, la conformación de la especie humana ha significado un largo proceso biológico que, en palabras de los pensadores mencionados, ha culminado en una estructura¹ dinámica² que busca sentido: el ser humano que es cada uno de nosotros. Sin embargo, hay algo extraño: este raro ser derivó en una estructura frágil³, aunque compleja, y encontró en la telencefalización⁴ el «arma» con la cual se enfrentó a un mundo riesgoso y agresivo. A falta de garras, grandes dientes o fuertes cuerpos, con los cuales podría enfrentarse a otros animales, desarrolló un órgano que le ayudó a suplir la carencia de las dotes amedrentadoras de otras especies: el cerebro⁵.

El proceso de conformación⁶ de esta nueva especie implicó no solo un cambio orgánico sino, también, y sobre todo, uno psíquico. A diferencia de la conducta animal, que está regida por la información genética que se manifiesta a través de los comportamientos instintivos⁷, la del hombre⁸ se relaciona inextricablemente con la conciencia⁹, en tanto darse cuenta de sí mismo, y a la libertad, que para Zubiri y Laín Entralgo es un ejercicio propio de la vida, ya que la vida misma es libertad, pues al existir nos liberamos de las cosas y así surge la libertad como la implantación del hombre desde el sentido de persona, cuando éste está religado.

De todas maneras, compartimos con todos los seres vivos—sobre todo los animales— la capacidad de anticipar, de cierta manera, el futuro: a esto lo llaman prolepsis¹⁰. Así, el llegar a ser hombre de esta estructura dinámica (cuyas actuaciones entremezclan lo orgánico y lo psíquico a la vez) se ha manifestado con el surgimiento de una actividad paradójica¹¹: preguntar¹². El hombre pregunta en tanto proyecta¹³

A Julián Marías debemos considerar al hombre como un ser «Futurizo» y a Ortega y Gasset que se haya propuesto con mucha seriedad que nuestra realidad sea necesariamente histórica.

Así, mientras el animal es *praeproiectivum*, el hombre es *proiectivum*. De tal manera que el animal sólo usa signos en su inventiva, en tanto el hombre logra emplear símbolos, y resulta que estos son indispensables y necesarios para proyectar.

En el preguntar, como actividad paradójica, «algo» que no es gran cosa (el homínido) resulta haciendo algo que sí lo es: tratar de dar sentido. Este es el salto que nos ha hecho excepcionales, en tanto todos los demás seres a nuestro alrededor no se preocupan por lo que significa la realidad, de la manera como el hombre sí lo hace¹⁴. De tal modo que, al habernos convertido en una especie que formula preguntas, nos tornamos en un problema para nosotros mismos, pues nos caracteriza la insatisfacción.

Así como nuestra existencia se nos vuelve, a veces, algo cotidiano y rutinario, pareciera que nuestra capacidad de realizar preguntas hubiera corrido con la misma suerte. A través de millones de años de evolución, nuestros cerebros se convirtieron en las mejores herramientas para nuestra supervivencia y, sin embargo, pareciera que la costumbre y lo habitual nos enfrentaran a un laberinto sin salida: todos nuestros esfuerzos nos colocan frente al sinsentido¹⁵. Nuestra capacidad de darnos cuenta nos hizo

descubrir nuestra finitud. Y mientras los demás seres viven seguros (pues no saben nada) nuestra capacidad de saber nos ha tornado seres inseguros (pues no sabemos cuándo será nuestro fin—llegar a ser nada—, y eso nos inquieta). Que nos hubiéramos atrevido a preguntar, que nuestro cerebro hubiera hallado la forma de transmitir la inquietud frente a la realidad, significó una fortuna, pero a la vez una tortura. Siendo la única especie que pregunta, la humana es una rara especie y bien extraña.

Vistas las cosas así, es conveniente retornar al uso original que tenía nuestra inteligencia: si nos volvimos seres inteligentes lo hicimos para ser capaces de sobrevivir como especie, no para su destrucción y el sinsentido. A pesar de que todas las veces no hallamos las respuestas precisas a nuestras preguntas (o de que haya preguntas sin respuestas) no podemos renunciar a nuestro «instinto» de querer saber más. Aquí hacemos el nexo con la Institución que representa el saber de manera indiscutible: la Universidad. Por no ser nuestro propósito aquí una revisión pormenorizada de su gestación y su desarrollo, entremos sin más a establecerla como el lugar de la pregunta.

2. La Universidad como lugar de la pregunta

Quien desea saber, simplemente, pregunta. Pero preguntar bien no es algo fácil de hacer. Preguntar implica tener claro, previamente, algo que se ha vuelto problemático. La respuesta suele ser la solución a algún tipo de problema que nos aquejaba. Como ya lo hemos señalado, la pregunta implica respuestas que nos ayudan a sobrellevar la vida. Sin entrar en detalles históricos, consideremos a la Universidad como el lugar donde se formulan preguntas bien hechas, en donde la unidad de la diversidad permite soluciones a los distintos problemas que tales preguntas implican.

Sin lugar a dudas, ella como institución académica ha sido el lugar de las



¹¹ Escribe Pedro Laín Entralgo en su obra «Alma, cuerpo, persona»: «Preponderantemente corporales o preponderantemente psíquicos, los actos del hombre pertenecen a las propiedades sistemáticas o estructurales de su sustantividad; deben ser entendidos, por tanto, como resultado de la actividad del todo de su estructura; en modo alguno podrían serlo combinando entre sí las notas de ella o viéndolos como simple desarrollo de estructuras más sencillas» (LAÍN ENTRALGO, P., Alma, cuerpo, persona, Barcelona, Galaxia Gutenberg. Círculo de lectores, p.175).

¹² Anota Laín Entralgo la general opinión de los etimologistas para quienes «preguntar» es voz derivada del verbo latino *percontari* y éste del sustantivo *contus*, que significa pértiga. Así preguntar significaría en su origen «sondear el fondo de un estanque con una pértiga» (LAÍN ENTRALGO, Creer, esperar y amar, op. cit., p.110).

¹³ A Julián Marías debemos considerar al hombre como un ser «Futurizo» y a Ortega y Gasset que se haya propuesto con mucha seriedad que nuestra realidad sea necesariamente histórica.

¹⁴ Así el hombre es el único ser que se ocupa y se preocupa por la realidad.

¹⁵ Escribe al respecto Laín Entralgo: «La libertad, cuya forma primaria es la interrogación, conduce, como hemos visto, al descubrimiento de la nada; es decir, a una experiencia angustiosa y terrible, lúcida para el filósofo, turbia y oscuramente para el hombre de la calle, ser libre es sentir que la existencia propia consiste en una constante producción de nada» (LAÍN ENTRALGO, P., (1958): La espera y la esperanza, Madrid, Revista de Occidente, p. 320.

grandes ideas y de los grandes pensadores. Por tanto, hablar de la Universidad es hablar del espacio por excelencia del preguntar. En ella se conjugan las inquietudes de hombres que, por deseo personal, comparten con otros los intentos de respuesta que van elaborando en el transcurso de sus vidas. Aquí se plasma, entonces, la capacidad humana de proyectar, pues finalmente la pregunta implica esperar a futuro una respuesta. Asumimos vitalmente tales búsquedas de respuesta y por ende guardamos la esperanza de lograrla.

Afortunadamente, hoy venimos comprendiendo que el modelo profesionalizante de la Universidad debe ser replanteado y que es necesario un cambio de perspectiva que favorezca el desarrollo de una Universidad entendida como el lugar de encuentro de preguntas que intentan ser respondidas por comunidades académicas que comparten intereses y proyectos. En esta Universidad es necesario, por tanto, que el personal administrativo sirva como herramienta expedita para el cumplimiento de los propósitos de una institución que genera conocimientos, que los transmite y comparte y que gesta comprensión (explica los fenómenos) para una sociedad que parece que no halla sentidos o que extravía el camino para encontrarlos.

Un defecto notorio que nos ha dejado la concepción maquínica, fruto del pensamiento positivista de la modernidad, es aquel que nos muestra a nosotros mismos como engranajes aislados en medio de los grandes sistemas de producción. Pareciera, a veces, que nuestras relaciones con nuestra Universidad fueran simplemente como aquellas que se establecen entre entes que presentan contratos y otros que los cumplen, luego de firmarlos. Una óptica universitaria desde esta perspectiva nos daría una imagen empobrecida de una institución pensada para preguntar. La pregunta, en búsqueda de la respuesta, dinamiza la vida de cualquier institución universitaria. Para esto hace falta recordar que estamos para eso. No estamos sólo para graduar

personas, nuestras actividades no son, definitivamente, para brindar al medio la mano de obra del futuro. No. La Universidad, desde el preguntar, es la institución para la investigación. De aquí que ella se esté pensando como el lugar donde, desde el pregrado hasta el post doctorado, se guíe y acompañe al hombre inquieto que desee compartir (co-ejecutar, co-proyectar) el paulatino logro de la respuesta que ha venido haciendo a su propia pregunta. De lo que se viene hablando aquí es de la verdadera función de la Universidad: ella es el lugar de las ciencias. Ver al universitario como un investigador es proponer a la Universidad como la institución educativa por excelencia que hace ciencia. Ya que la investigación es el eje central del quehacer de las ciencias.

Ahora bien, hablamos de ciencias, no de ciencia. Sabemos que el proyecto que quiso imponer un solo modelo de ciencia ha fracasado. Esto nos blinda ante propuestas miopes que identifican aún hoy a la ciencia con un rígido esquema racional de respuesta que limita la posibilidad de creatividad y de relación de los distintos saberes y disciplinas que permiten enriquecer el sentido de la realidad. En esta capacidad de diálogo entre los distintos saberes es en donde se funda la riqueza excepcional de una Universidad donde confluyen y se conjugan las preguntas sinceras de hombres que, sin prejuicios peyorativos, gestan verdadera ciencia a través de la investigación.

De esta manera concluiremos insistiendo en la verdadera labor de ofrecimiento de sentido que pueden realizar nuestras distintas comunidades académicas.

3. La comunidad académica universitaria y el reto que implica responder a las preguntas

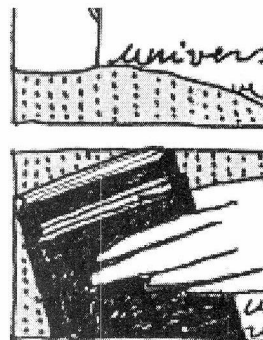
¿Cuántos son nuestros afanes diarios? ¿Qué fines verdaderos nos proponemos cuando empeñamos nuestra vida en el cumplimiento de determinados proyectos? Nuestros esfuerzos se encaminan a la realización de precisos intereses personales. Sin

embargo, como lo decíamos arriba, la insatisfacción nos caracteriza: muchos se han dado cuenta que solo el lucro personal (por mayor que sea) no cuenta para hallar sentido. Nuestras labores académicas se entrelazan con nuestra realidad personal y afectiva. Nuestro proyecto vital, fruto de la conciencia -mencionada antes-, está inextricablemente relacionado a los cientos y miles de proyectos vitales de todos aquellos que biográficamente aparecen como prójimos a nuestro lado.

En otras palabras: nuestra vida universitaria implica, necesariamente, conjugar la vida personal con la de los demás. Lo que pensemos y hagamos, lo que personalmente preguntemos (investiguemos) y respondamos (las teorías científicas surgidas) implica complejamente el sentido de la realidad de todos los que nos rodean. La riqueza de este argumento radica en la verdadera solidaridad que se da cuando pensamos en lo que somos como estructuras dinámicas. Solemos pensarnos solos y aislados. Perspectiva estéril y vana.

El afán de consumo y la lucha diaria por sobrevivir siguen estimulando nuestra conducta animal, olvidando que el haber nos dado cuenta que somos (privilegio de la especie humana) podemos vencer el egoísmo y la fatalidad que surge de la soledad. La historia que se nos muestra a través de los filtros de los medios de comunicación señala que la enfermedad, proveniente de la frustración del sinsentido, triunfa inexorablemente contagiando la pandemia de la guerra y el odio hasta los corazones más limpios.

Si caemos en cuenta, la Universidad se nos ha convertido en una posibilidad ante la imposibilidad. Si somos capaces de conjugar nuestros pequeños egoísmos personales (nuestras preguntas, nuestras dudas, nuestros temores) y, a la vez, nuestras esperanzas de solución (de respuestas, de certezas, de confianzas) seguramente realizaremos la función



de la universidad: atreverse a responder con la verdad. Cosa que no es fácil.

Hemos querido aquí señalar la manera como la Universidad puede ser pensada: es el lugar del saber y, a la vez, del saber vivir. El reto es actual: todos los que hacemos parte de ella tenemos nuestras propias preguntas. Cada uno de nosotros ha querido asumir un proyecto de respuesta que implica sacrificios y esfuerzos. Sin embargo, si estamos solos vemos languidecer nuestras energías. Compartir nuestros propósitos es asumir el reto de responder con otros a las preguntas que, de alguna manera, se tornan comprensibles en sus respuestas por la acción conjunta de aquellos que son como nosotros mismos. Así, en la Universidad se puede construir un entramado vital de realizaciones de sueños que comprende las respuestas a tantas preguntas vitales.

Sin darnos cuenta, hemos pasado del plano científico al vital. Sin embargo, es vital hacer ciencia, pero ¿cuál ciencia? Claramente ya lo hemos establecido: los saberes que nos permiten seguir viviendo bien, valen la pena; los restantes, no pasan de ser añadidos que pueden ser considerados como anexos para tal vivir.

La Universidad, pues, es el lugar de encuentro de las distintas búsquedas de sentido. En ella confluyen las posibilidades de respuestas que enriquecen este oasis, haciéndolo reverdecer y fructificar. Una cualidad infaltable suya es la capacidad de valorar los distintos discursos de sentido que se ofrecen por parte de cada uno de nosotros: en esta radica su vigencia y su necesidad. A la Universidad como lugar de la Ciencia, cuya

esencia es la investigación, confiamos la esperanza de hallar sentido en medio del sinsentido. Tras esta propuesta está la respuesta vital de muchos de nosotros, quienes futurizadamente creemos esperanzados en la posibilidad de compartir creativamente nuestra propia búsqueda y hallazgo de sentidos.